

EL MAESTRO JOSE SERRANO Y SU DECISIVA APORTACION A LA LIRICA MUSICAL ESPAÑOLA

Nuestra Real Academia de Bellas Artes de San Carlos no puede pasar sin rendir al maestro José Serrano el cálido y encendido homenaje que con tanta justicia merece por sus muchas y considerables obras, que han venido a enriquecer la zarzuela española y que son una gloriosa manifestación de su genio lírico en el año que celebramos el centenario de su nacimiento, habiendo proyectado su inspiración, alcanzando las más altas cotas de la popularidad.

El maestro Serrano se dedicó a un género, la zarzuela, donde coinciden todos los rasgos del nacionalismo español. En efecto, en la música española, que tuvo un espléndido florecimiento en la época renacentista con nuestros grandes polifonistas, que consiguieron prestigio y categoría en Europa, igualándose y a veces superando a los flamencos e italianos, lanzaron éstos la primera semilla para que se formaran las raíces de la más pura música, que surgía de nuestro carácter con el elemento popular, al que dieron cabida en sus obras admirables, y esto produjo una real hegemonía de nuestra música en el Renacimiento; pero poco a poco se fue perdiendo en España el instinto de componer música nacional a través de los años de la dinastía de los Austrias, salvo contadas excepciones; pero, sobre todo en el siglo XVIII, durante la dinastía borbónica, los compositores españoles se vieron envueltos por la avasalladora corriente de la música italiana de ópera y se dedicaron a su imitación con desconocimiento de la verdadera fuente unificadora para nuestra música, que es la inspiración saludable en nuestros cantos populares, que sólo se registró adecuadamente en la *tonadilla*, que se cultivaba como medrosamente y con temor, bajo el peso y auge de la música con la que otros compositores triunfaban atraídos por el señuelo de un arte musical extranjero.

Todavía la corriente nacionalista no había tomado cuerpo en Europa hasta que fue espoleada por la conciencia de las nacionalidades, sobre todo después del Congreso de Viena (1815), tras del cual los compositores empezaron a buscar los motivos de su inspiración en el folklore de cada uno de sus respectivos países, a fin de crear una música autóctona y, al mismo tiempo, con proyección universal; pero el nacionalismo español se presentó primero en el teatro popular, y ello dio origen a la zarzuela española del siglo XIX, procedente de la *tonadilla* y de la *zarzuela calderoniana*, magnífica reacción contra los compositores aún



«El maestro Serrano», por Mariano Benlliure

entregados al italianismo, algunos de los cuales fueron los primeros profesores del recién creado Conservatorio de Madrid, en 1830, por la reina María Cristina.

El *nacionalismo*, pues, llegó a España por el camino del teatro, a diferencia de otras naciones en las que su nacionalismo se produjo en la ópera o en el género sinfónico, como en Rusia, por ejemplo; y Barbieri queda como representante del genuino españolismo, por haber creado un teatro popular que rebosa sal madrileña. A su generación, y en el esfuerzo de crear un género lírico teatral nacional, pertenecen Arrieta, Gaztambide, Oudrid y, en menor proporción, Hernando e Inzenga; todos ellos abastecieron de zarzuelas los teatros del pasado siglo, y el primero que dio la voz de alarma para que el nacionalismo

escalase más altos puestos fue don Felipe Pedrell, quien, con su visión profética, señaló la vía por la que se tenía que encauzar la música española nacionalista en el campo de la ópera y del sinfonismo, y surgió el ejemplo de Rusia, en donde los *Cinco de San Petersburgo* se agruparon para componer una música de esencia nacional, y así, gracias a Pedrell, y también a Barbieri, coadyuvando con él, tuvieron la ambición de crear en España un arte de categoría: el primero, basándolo en las canciones populares que le ofrecía el campo español, y el segundo, construyendo sus piezas teatrales sobre los modelos del teatro popular, que tenía sus antecedentes, como ya hemos dicho, en la zarzuela calderoniana y en la tonadilla, y ambos, profundizando por estos dos caminos que convergen, echaron los cimientos de la investigación musicológica en nuestro país.

Y con estas ideas ampliamente difundidas se formó el ambiente necesario para que la zarzuela siguiese su curso ascendente, siguiendo la tradición de los zarzuelistas nacionalistas del siglo XIX que ya hemos citado, y en otro campo empezaron a surgir nombres señeros del nacionalismo musical español, tales como Albéniz, Granados, Falla, Turina, etc.

La segunda generación de zarzuelistas está representada por Caballero, Bretón, Chapí, Jiménez y Chueca; todos ellos traspasaron el siglo XIX e inundaron con sus buenas e inspiradas zarzuelas nuestros teatros líricos, y así la zarzuela continuó con una nueva y tercera generación de ilustres compositores, a la cual ya pertenece nuestro maestro Serrano, generación siempre fiel a la tradición de la gran zarzuela española y que tuvo la virtud de mantenerla al mismo nivel que la elevaron los pasados eximios autores; pero esa noble altura alcanzada iba siendo minada por el cambio de gustos del público, que empezaba a preferir la opereta importada del extranjero, la revista con su espectacularidad y las mismas zarzuelas calificadas como *género chico*, que amenazaban peligrosamente la zarzuela grande.

El maestro Serrano mantuvo relaciones, a veces muy estrechas, con los zarzuelistas de la generación anterior y con sus contemporáneos, y llegó a colaborar con algunos de ellos; así en su zarzuela *El olivar* (1902) colaboró con el compositor Tomás Barrera; en *Las estrellas* (1904), con Quinito Valverde; en *El contrabando* (1905), con José Fernández Pacheco; en *El perro chico* (1905), *La reina de la Dolores* (1905), *El pollo Tejada* (1906), *La suerte loca* (1907) y *El amigo Melquiades* (1914), también con Quinito Valverde; en *El amor en solfa* (1905), con Ruperto Chapí; en *La banda nueva* (1907), con Enrique Bru; en *El palacio de los duendes* (1910), con Amadeo Vives, y en *La maga de Oriente*, con Ernesto Rosilla.

El gran mérito del maestro Serrano fue el haber sabido mantener enhiesta la bandera del españolismo en la época suya, en la que la zarzuela empezaba a declinar, atacada por uno de sus mayores peligros, el cual era la revista, a la cual él se resistió a dedicarse,

y si es verdad que estrenó *El príncipe Carnaval*, en 1920, en colaboración con Quinito Valverde, opereta que participaba del carácter de la revista, le costó muchísimo esfuerzo aceptar el encargo, y accedió al fin sólo por no disgustar a los autores del libreto, Ramón Asensio y José Juan Cadenas, porque los verdaderos y más legítimos éxitos de Serrano los tuvo con sus hermosas y grandes zarzuelas, en las que campea su fácil e inspirada melodía, tan atractiva y asimilativa por el público y, al mismo tiempo, tan fresca y tan personal e inconfundible, hasta el punto de poderse reconocer su estilo, nacido de una portentosa facilidad de concepción melódica que la gente percibe inmediatamente, complacida por sus innegables bellezas.

El mejor biógrafo del maestro Serrano es, sin duda alguna, Angel Sagardía, musicólogo ilustre, pianista y conferenciante, que con su obra, recientemente publicada, *El compositor José Serrano. Vida y obra* ha sabido rendir el más cálido y, al mismo tiempo, útil y entusiasta homenaje al maestro valenciano en el año del centenario de su nacimiento, por lo que todos los valencianos le debemos estar altamente agradecidos: sus datos bibliográficos, bien comprobados, con interesantísimos detalles sobre su vida, podrán tener desde ahora una divulgación, que era muy necesaria para conocer todo el valor humano del biografiado, y todo ello seguido de una reseña minuciosa de todas sus obras completas, colaboraciones, circunstancias de creación, etc., terminando con un catálogo de ellas y con las opiniones y juicios de grandes personalidades de la música, con lo que la obra de Sagardía es la más completa para conocer a fondo el valor de la producción de nuestro maestro.

Hemos hablado de la singular inventiva melódica de Serrano. La armonía, como sostén y apoyo de la variedad melódica, fluye espontánea y es sencilla y rigurosamente tonal y la única que se adapta íntimamente a las exigencias del género y, dentro de éste, la totalidad de lo producido responde a una admirable unidad de criterio en el empleo del lote de acordes que le son caros y una conducción personal de las modulaciones, que es lo que más caracteriza su estilo.

En todas sus zarzuelas se pueden y deben distinguir dos grupos: las que caen dentro de la denominación de *género chico*, que son las más breves y de menos enjundia musical, generalmente en un acto, como *El motete*, *El solo de trompa*, *La alegría del batallón*, etc., y las grandes zarzuelas que le dieron el mayor renombre y le colocaron en un puesto envidiado entre los grandes zarzuelistas españoles, tales como *La mazorca roja*, *La reina mora*, *La casita blanca*, *El mal de amores*, *Moros y cristianos*, *La noche de Reyes*, *Alma de Dios*, *El carro del Sol*, *La canción del Olvido*, *La Dolorosa*, etc., más una ópera, la única de su producción, con libreto de los Quintero, inspirado en una leyenda de Bécquer, *La venta de los galos*, una de sus últimas obras.

A esto hay que añadir los dos himnos que le han hecho famoso: el *Himno de la Exposición de Valen-*

cia, de 1909, que, por su popularidad y por haber sabido interpretar con toda emoción el alma del pueblo valenciano, ha sido convertido en himno oficial de la Región Valenciana, con la rara virtud de ser conocido por toda España, con hermosa letra de Maximiliano Thous, y *Valencia canta*, otro himno, éste dedicado a la coronación de la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia, que se efectuó en el año 1923, en el que, sin alcanzar la gran popularidad del anterior, supo también el maestro conmover las fibras sentimentales y honrar la devoción a la Virgen de los valencianos.

Indebidamente se ha dicho de Serrano que apenas sabía música, opinión gratuita y disparatada, porque sabía perfectamente lo que no se puede aprender en los libros, pues poseía lo más importante, que en él era innato, o sea la inspiración, la invención, y de buen gusto. Además, la realidad desmiente aquella afirmación, puesto que su propio padre fue su primer maestro de música y después estudió con don Salvador Giner en el Conservatorio de nuestra ciudad. Es verdad que no profundizó en la técnica musical, pero, para el género al que se dedicó, tampoco lo necesitaba, y a ello se debe la célebre frase de Amadeo Vives, que dijo: «Si Serrano supiese algo más que solfeo, ningún músico comería en España, sólo él, y quien ha escrito la *Marcha de Moros y Cristianos* y las notas de *La reina mora* tiene una sensibilidad extraordinaria.» Otra frase de Mascagni patentiza el valor de su inspiración cuando, refiriéndose a una canción de *El carro del Sol*, dijo: «Es la mejor canción veneciana y la ha escrito un español.»

La familia de Serrano era muy modesta: su padre era director de la banda de Sueca, su ciudad natal, y su abuelo paterno también había sido músico y poeta; de modo que de niño respiró ya un ambiente musical y su mismo padre le inició en el solfeo, en el piano, y aprendió también la guitarra y el violín, y hasta le empleó como sustituto suyo en la dirección de la banda del pueblo.

No pretendemos dar aquí una biografía del maestro, cuyos detalles están ampliamente reseñados en el libro citado de Angel Sagardía, pero sí nos interesa resaltar sus méritos, que le colocan en primerísima fila entre los zarzuelistas españoles y que han sido muy justamente reconocidos por grandes personalidades musicales: ya hemos visto el concepto en que le tenían don Salvador Giner, Amadeo Vives y Mascagni, y ahora añadiremos que Albéniz, que presenció el estreno de *La mazorca roja*, la reputó como *música nacional*, como *la verdadera zarzuela española*. También Saint-Saëns asistió en Madrid a una de las representaciones de *La reina mora*, y tras de su audición abrazó al maestro, diciéndole que le gustaría ser el autor de esta obra. Finalmente, Chapí decía que Serrano tenía lo que corrientemente se llama *sello propio*.

Otra faceta suya digna del mayor encomio es la hábil instrumentación de sus partituras, pues conocía la orquesta profundamente, en especial la formación orquestal para la zarzuela, y la práctica le había dado una certera visión de la combinación de los timbres para llegar al mayor efecto teatral que demandaban sus obras. Tenía una intuición asombrosa para percibir las situaciones dramáticas que requerían música, por estar dotado de un instinto que le llevaba a plasmarlas con felicísima eficacia, y esto fue el secreto de los tan grandes éxitos de público que consiguió en un campo, el teatro, que es tan peligroso para los que no reúnen todas estas variadas facultades precisas.

El maestro Serrano, pues, es una figura señera en Valencia y su inmortalidad está perfecta y justamente asegurada, puesto que su música es una expresión del alma popular y su acento ha sabido penetrar hasta lo más hondo del corazón de los valencianos, que sentimos por él la admiración sin límites que se le debe por haber escalado en su arte las cimas más elevadas y reservadas a los artistas privilegiados elegidos por las musas.

LEOPOLDO QUEROL